

Sergio Gómez

RALLO





Rallo

SERGIO GÓMEZ



A Fran Rivera.

PRIMERA PARTE

Martín Palco me invitó a conocer el barrio que rodeaba la pensión donde vivíamos. Al final del recorrido llegamos a una cancha de fútbol, fea, de tierra seca, producía terror imaginarse a los jugadores corriendo y cayendo. La llamaban Pedregal o Dreve Bajo, estaba a los pies del cerro, limitaba con un canal que aparecía y luego se hundía debajo del suelo.

Nos esperaba un grupo de niños que se acercaron a saludar a Martín. Más atrás venía un hombre alto, de casi dos metros, de barba negra, a quien llamaban Lazca, parecía enojado. Siempre daba la misma primera impresión, pero no era así. Lazca era ruso, sus padres en realidad lo fueron. En la ciudad vivían descendientes de las más diversas nacionalidades que llegaron a poblar el sur de Chile hacía un siglo o más: italianos, alemanes, suizos, belgas, españoles y algún ruso. Lazca nunca quiso confesar su verdadero nombre, explicó que era impronunciable así que prefería abreviarlo a Lazca.

Martín señaló a los niños gritones alrededor suyo y dijo:

—Te presento al Club de Fútbol Infantil Manuel Neculmán.

Comenzó el entrenamiento en dos grupos, uno dirigido por Lazca, otro por Martín. Si no seguían las instrucciones Lazca levantaba los brazos al cielo y exclamaba desesperado:

—¡Puchinski!

Según algunos “puchinski” era una grosería en ruso que solo entendía Lazca.

El grupo de Martín ensayaba pases con balones o realizaba un circuito de ejercicios.

Hacía un año, mientras Martín paseaba por la plaza al frente del hospital, después de un turno, se encontró al ruso sentado en un banco. Conversaron un rato sobre fútbol, un tema que a Lazca le interesaba más que ningún otro. Me imagino que, como ocurría siempre, Lazca cayó rendido ante el entusiasmo de Martín.

Una semana después recorrieron el barrio conversando con los padres para invitar a sus hijos a formar un equipo de fútbol infantil y participar en el campeonato. De esa forma lograron inscribir jugadores para dos equipos, en dos categorías.

El primer año los resultados fueron discretos, apenas destacaron, aunque quedaron animados. Al final de la temporada Martín volvió a reunir a los padres. Decidieron conseguir fondos para continuar: organizaron una gran fiesta, luego una rifa, un baile en la sede de la compañía de bomberos. De esa forma compraron camisetas nuevas, balones para entrenar y, lo más importante, arrendaron una pequeña casa, la que sirvió de sede del club y al mismo tiempo se convirtió en el hogar permanente de Lazca, porque, y esto se me olvidó contarle antes, el ruso era un mendigo o lo fue hasta ese momento. En la plaza frente al hospital donde lo encontró Martín, dormía mirando las estrellas. Se sentía un hombre libre, pero en invierno se sentía un hombre libre con frío. A veces se sentía un hombre libre con hambre. En su nueva casa se duchó con agua caliente y se recortó la barba. Martín le pagó un pequeño sueldo para que se encargara de los implementos del equipo, lavar las camisetas y ayudarlo como Director Técnico.

Esa tarde en que los conocí, después de una hora de entrenamiento en la cancha Dreve, Martín detuvo la

práctica para descansar, comer algo y conversar con los niños. Algunos, agotados, se fueron a mojar la cara al canal. Martín se estiró en el pasto, se cubrió con un sombrero y dijo que necesitaba diez minutos para repasar mentalmente las materias de un examen que tenía en el hospital -estaba en su último año de práctica antes de recibirse de médico. Su método de estudio consistía en leer una vez sus apuntes y cuadernos, luego se concentraba, cerraba los ojos y repasaba.

Entonces oímos los gritos de los niños en la orilla del canal. La corriente llevaba una caja de cartón, y algo venía adentro, algo vivo porque desde el interior se escuchaban los aullidos de un animal. La caja apenas se mantenía en la superficie, se hundía y volvía a flotar avanzando aceleradamente por la fuerza de la corriente.

—Adentro va un perro o un gato -gritó uno de los niños.

No era extraño, no tanto, que alguien quisiera deshacerse de su mascota de esa forma cruel, sobre todo cuando comenzaban a molestar, crecían y llenaban de descendientes la casa, por eso las arrojaban a ese canal, a veces amarradas en sacos o en cajas selladas para que se ahogaran.

La caja se mantenía a flote y se negaba a detenerse. Corrimos siguiéndola por la orilla sin atraparla. La corriente era intensa. Martín se adelantó hasta un codo del canal. Se quitó los zapatos y se sumergió en el agua mientras Lazca lo sostuvo con una mano. Cuando la caja pasó a su lado, la atrapó y la lanzó a la orilla. Los niños corrieron y la rodearon. Algo se movía adentro, se quejaba con aullidos de miedo. Cortaron las amarras y abrieron la caja. Aparecieron entonces dos ojos negros en una pequeña cabeza donde se mezclaba el color blanco y el negro. Era un perro pequeñito, con la mirada aterrada, mojado, temblando. No alcanzamos a hacer o decir nada, saltó afuera a una velocidad increíble y escapó. Sus patas parecieron transformarse en ruedas. Nunca había visto

correr a un animal de esa forma, tal vez por miedo o porque se dio cuenta de que acababa de salvarse de morir ahogado. Zigzagueante y veloz atravesó la cancha y fue a ocultarse entre arbustos y quilas. Por un momento los niños, Lazca, Martín y yo, quedamos petrificados, sorprendidos por la huida, pero enseguida no paramos de reírnos. Ahí surgieron los primeros indicios del que sería más adelante su nombre de perro vagabundo. Alguien entre nosotros, tal vez uno de los niños, dijo que corría tan veloz como un rayo, ese dato quedó flotando para bautizarlo más tarde.

El entrenamiento siguió sin problemas. Martín dio las instrucciones para ensayar jugadas. Lazca, en la otra mitad de la cancha, exigía abdominales, rezongaba que eran lentos sus jugadores, comían demasiado o eran distraídos. Desde mi puesto, bajo los árboles, vi entre la maleza, más allá de la cancha, justo donde crecían murras y espinillos empolvados de tierra, dos ojitos negros que miraban, ahora menos asustados, tratando de agradecer o incluso de pedir disculpas por lo ocurrido.

Ese domingo fue importante entonces: conocí al Club de Fútbol Infantil Manuel Neculmán y vi por primera vez a Rayo antes de convertirse en Rallo.

Llegué a esa ciudad del sur del país en marzo de 1971, donde conocí a Martín Palco. Han transcurrido cuarenta años, ya no soy joven como lo era en esa época. Venía de un pueblo pequeño, perdido a los pies de la cordillera, a una hora de distancia de la ciudad. Conseguí un empleo en el hospital como ayudante de enfermería. Mi trabajo consistía en llevar las camillas, barrer, acarrear la ropa sucia a la lavandería, lavar equipos e instrumentos, es decir, labores menores pero necesarias en un hospital. A esa edad, 18 años, a mí me pareció un excelente trabajo, uno importante incluso, pero, además, fue el primero que tuve y por eso nunca lo olvidé.

Recibí mi primer sueldo después de un mes. Fue una sensación extraña. Mi esfuerzo valió la pena, pensé. La mitad del dinero se lo envié a mi papá por correo con una nota: "Viejo, para tus gastos y necesidades". Él me escribió rápidamente de vuelta, incluía el total del dinero que acababa de enviarle. Su nota era tan breve como la mía: "Tú te ganaste ese sueldo".

El trabajo era agotador, a veces con turnos y horarios difíciles. Me aconsejaron arrendar una pieza a unas cuadras del hospital. La dueña de la pensión resultó ser la señora Bauman, de padres alemanes que llegaron a la región a fines del siglo XIX. Era estricta y organizada para llevar su casa, imponía las reglas que se debían cumplir. Los demás pensionistas eran doctores jóvenes del hospital, la mayoría sin familia, internistas o estudiantes de

medicina a punto de recibirse. La señora Bauman era implacable: permitía duchas calientes pero sin excedernos en su duración. Las comidas no podíamos dejarlas pasar sin motivo. No aceptaba ruidos molestos, ni groserías en las conversaciones durante el almuerzo. El televisor se desconectaba a las 9.30. La regla principal, no escrita, era que por ningún motivo se le debía llamar de otra manera que no fuera señora Bauman. Algunos sabíamos su primer nombre: Bettina, pero para todos, sin excepción, era “la señora Bauman”. Era soltera y nadie dudaba de que así se quedaría.

En la pensión existía una excepción a algunas de esas reglas y restricciones, una sola: Martín Palco. Martín recibía repeticiones de postres, se duchaba cinco o más minutos que nosotros, tenía la mejor habitación de la casa y, a veces, se le permitía subir una estufa a parafina hasta su dormitorio para estudiar. Los que vivíamos allí nos dimos cuenta enseguida de aquellos privilegios, pero nadie protestaba porque Martín los obtuvo merecidamente. Alguna vez le escuché decir a la señora Bauman que a ella la conquistó con su sonrisa. Era cierto, se trataba de una sonrisa acogedora, una “sonrisa abrazo”, si es que se puede llamar así, con los ojos achinados, contagiaba, daba ánimo y entusiasmaba. Martín Palco caía bien, no a todos, pero sí a la mayoría de los que lo conocían.

Con Martín nos unía un detalle que nos convirtió rápidamente en amigos, a pesar de que él tuviera cinco años más de edad: provenía de un pueblo. Aunque la diferencia era que el suyo era costero, enclavado en el codo de una bahía, una caleta que no salía en los mapas. Con sacrificios sus padres lo enviaron a estudiar medicina a la ciudad. Una vez nos contó, emocionado, que su padre era pescador, o lo fue durante muchos años, pero el mar y el trabajo difícil lo enfermaron, entonces se resignó a mirar desde la costa cómo se embarcaban los demás. La madre levantó un restaurante al frente del muelle con el cual se

mantenían y pagaban los estudios de Martín. Su padre era un buen lector de libros, diarios y revistas, tal vez allí estuvo la principal motivación que llevó a Martín a salir de la caleta y estudiar en la universidad. El trabajo en el restaurante, al que el matrimonio se dedicó por completo, permitió que pagara la universidad y esa pensión. Faltaban solo algunos meses para terminar su práctica profesional en el hospital y obtendría su título, lo que llenaba de orgullo a su familia.